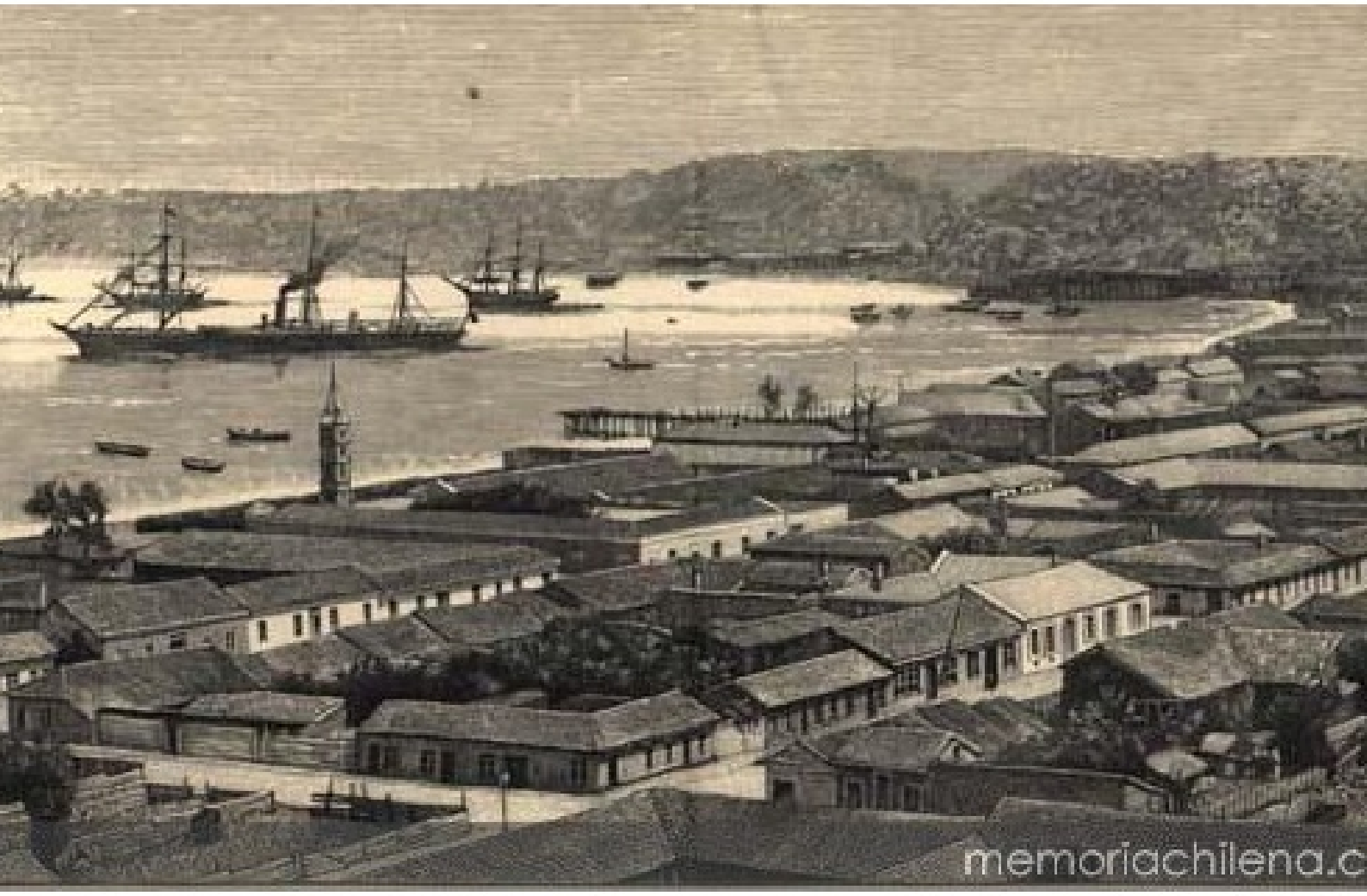
Las palomas

Fabian Mella



Capítulo 1

Las Palomas

Capítulo 1

Las pocas casas de Las Palomas se asomaban detrás de unos verdes cerros costeros, y se reunían al borde una playa gris cerca de una península. La población se construía a la orilla del camino principal que se perdía en la costa, las construcciones más empobrecidas se acomodaban dispersas alrededor de una placilla que contenía algunos arbustos y un columpio de madera. A este pintoresco lugar, en medio de la nada, llegaba una carreta tirada por bueyes, pertenencia de Doña Clara, mujer baja y de tés blancucha, bordeando los cuarenta apenas visibles, acompañada de sus dos hijas, Aurora en sus diecisiete, que tenía una gran melena negra la cual le colgaba casi hasta la cintura, ojos cafés vivos y un sombrerito con una rosa falsa pegada en el costado, también estaba Alberta, la hija menor, de quince años, pelo claro, ojos verdes, serios y juzgadores, nariz picuda, piel morena herencia de su padre, las tres vestidas con faldas de tela por debajo de la rodilla, calcetas de lana y zapatos cómodos de cuero. La carreta que las transportaba iba guiada por Doña Clara, por supuesto de una forma magistral e incansable, arriba traían los pocos muebles que poseían, un velador, una mesa y tres sillas, también iba un saco con ropa de las tres, específicamente una muda para cada una destinada para asistir a misa los domingos, dos quintales de harina y, lo más preciado, un saco lleno de sal. Las frutas y las verduras se les acabaron durante el viaje, cuatro días enteros no pasan sin hambre, venían viajando desde Llovizna, un pueblo de la región central, invadido por muchas gentes, donde Doña Clara pensó que dejaba ya, todas sus penas y todas sus amarguras allí, así como también abandonaba en ese lugar a un marido mujeriego y alcohólico.

Era el primer viernes de diciembre, y como mandaba la tradición, las casas ya estaban adornadas con retamillos florecidos en todos sus marcos, los hogares más ricos podían ostentar de orquídeas de distintos colores en los dinteles y en los cercos de sus jardines, cosa que hacía ver al lugar más onírico que real, y que dejaba en claro la diferencia entre estas dos gentes, la idea era recibir de buena forma el nacimiento del niño Jesús. Los cerros que se levantaban dándole cara al mar se veían colmados de pasto verde y muchos mechones aislados de retamillos en flor o secos, también algún bosquecillo disperso de Quillay y Boldo en las lomas escarpadas que terminaban abruptamente justo en el inicio del pueblecito, como respetando la presencia humana que invadía esas tierras, no mucho más allá rompían las olas en una playa gigantesca, mismas que amenazaban con tragarse las casas de la orilla. Lejano y casi escondido, comenzando la península, entraba imponente y desafiante en el mar, un antiguo muelle coronado por pequeñas barcazas pesqueras que

subían y bajaban al ritmo que el océano le dictaba, como dejadas ahí al destino que el mar les imponía. Todo ese paraje pintoresco y amenazante se podía ver desde la empinada loma por la que bajaban Doña Clara y sus hijas, entraban ya en el camino principal que conducía a Las Palomas, las piedras bajo las ruedas de la carreta se aplastaban y empujaban unas contra otras, produciendo un ruido seco, acompañado de un pequeño eco que se oía por el camino. El rocío de la mañana comenzaba a reflejar el sol tímido que se mostraba a través de unas espesas nubes blancas. El viento frío y constante que venía desde el mar producía un zumbido al pasar por los árboles carcomidos por la sal y la arena que la misma brisa marina incansable traía día tras día.

Al bajar la empinada, llegaron a un camino de tierra, y al llegar allí sintieron como los oídos se les acostumbraban al constante viento que allí había. La población las encontró de frente, las primeras casas estaban construidas con ladrillos, con techos de tejas y sus jardines estaban muy bien cuidados, con diversas flores, orquídeas, lantanas y geranios.

-Es hermosa la vista, parecen castillos de princesas, mira Alberta, ¡tienen flores en los marcos!, igual que allá en Llovizna, me siento más cómoda ahora. Dijo Aurora.

Alberta guardó silencio demostrando su desaprobación a lo que su hermana sentía.

Nadie salió de ninguna casa pintoresca, ninguna princesa o príncipe, para recibir a las extranjeras. Después de un trecho comenzaba un nuevo grupo de casas, estas más juntas y menos cuidadas, construidas de madera y sus techos eran todos de paja. Comenzaron los gallos a cantar como un coro organizado, la hora era cercana a las seis de la mañana, luego se callaron y la vida en el pequeño pueblo comenzó. Se escuchaba el jaleo de las gentes en sus hogares mientras la carreta avanzaba con su ruido por la calle de tierra.

-¿Aquí naciste, mamá?- Rompió el silencio Aurora, nuevamente.

-No, yo nací allá en Llovizna, pero tus bisabuelos vivían aquí y casi me crie con ellos. Aún recuerdo esta calle, aunque ahora este lugar está más lleno, con más casas, antes solo era un terreno baldío. Mis abuelitos vivían un poco más allá, cerca del antiguo muelle que vimos al bajar la loma. Ya no está su casa. Yo los quería mucho, este camino me recuerda a la mermelada de mi abuela, acá veníamos todos los viernes a recoger moras y a veces mutillas, hacía una mermelada tan rica, guardaba la receta con tanto celo que se encerraba en la cocina y no dejaba que nadie se acercara, mi abuelo a veces se intentaba colar y mi abuela lo reprendía con alguna de sus frases como “No te conviene Humberto, pon cuidado viejo e mierda”, aun así un día me dijo cómo se hacía su mermelada, sin palabras me lo dijo, fue un día de invierno, me acuerdo, estaba lloviendo

y me levanté muy tarde, con el peso del cuerpo encima, ella había ido a buscar moras antes de clarear y estaba en la cocina, mi abuelo estaba enfermo así que seguía en cama, yo al verla ocupada me puse en la entrada de la cocina a ver qué hacía, ella me vio y me hizo pasar. Aún recuerdo cómo hacer esa mermelada.

-Nunca nos has hecho mermelada mamá- Dijo Alberta.

-Sí nos ha hecho, tú no te acuerdas, nos hacía cuando éramos chicas pero ya después no se podía, ¿verdad, mamá?

El silencio se interpuso como una pared impenetrable entre Doña Clara y sus dos hijas, lo único que acompañaba el sonido del andar de los bueyes era el constante viento procedente del mar y el ruido de las botas de cuero al rozar el camino.

-¿Cuánto falta?- Preguntó Alberta.

-Menos- Respondió Clara.

-¿Cuánto es menos?-

El frío comenzaba a colárseles por la ropa y ya no le quedaban fuerzas después de un viaje tan largo. El pueblito parecía adormilado, unos pocos ruidos se escuchaban en la madrugada del día viernes. Doña Clara comenzó a buscar la iglesia local para poder pedir refugio para ellas y descanso y agua para los animales.

-Aurora, quédate aquí, si alguien te pregunta que hacemos aquí diles que venimos de paso y que tu papá vuelve pronto.

La madre de las dos niñas se alejó un poco y dando vuelta a la derecha en dirección contraria al mar, se perdió de vista. A los pocos minutos volvió con un señor que no tenía pinta de nada, canoso y con los ojos cansados daba pasos cojeando como si arrastrara el mundo. Se acercaban de apoco.

Las niñas que descansaban arriba de la carreta se dieron cuenta que venía, Alberta fue la primera mirando a su madre y al viejo que venía con ella y siguió en lo suyo. Aurora como si la hubiesen mantenido por la fuerza en la carreta corrió hacia su madre con energía ¿de dónde?, sólo Dios sabe. Se acercaron a la velocidad que el viejo podía y en silencio, hasta la carreta.

-Bueno, esto es lo que tengo, no pude traer más. Llovizna está muy lejos y es cansado llegar hasta acá desde allá, usted me entenderá. Los animales necesitan agua, hace dos días que no toman nada porque no encontramos el borde del río que antes desembocaba por acá cerca-

Comentó la Doña.

-Está claro que necesitan beber, y que sus crías necesitan fuego. Pasen a la iglesia, allá les serviré algo-. La voz del viejo era solemne, mezclada con un tono grave y una expresión dulce que ayudaba a tomar confianza con él.

El pueblo era pequeño, muy pequeño. Las casas de las personas ricas estaban separadas por pocos metros de los evidentes obreros del lugar. El quebradero que lucía imponente en el patio trasero de las primeras casas, estaba pulido por el viento marino y los depósitos de sal que los cerros acumulaban con el paso de los años parecían, desde Las Palomas, venas blancas endurecidas entre los arbustos de los escarpados, estas arterias reflejaban con gran furor la luz del sol y daban al ambiente un calor estupefaciente al que los viajeros se acostumbraban en un par de días, pero ahí no había sol, jamás se veía en el año, lloviera o no, la capa de nubes se extendía casi infinita por el cielo, dejando pasar los rastrojos de rayos solares dando un clima fatigoso. Las pocas plantas que allí crecían eran arbustos y algunas flores que podían soportar la maldita brisa que no cesaba nunca, eran traídas por los jefes, de lugares lejanos (decían ellos) del país, como si quisieran llevar algo de alegría a aquel lugar tan triste.

Doña Clara se acordaba de Las Palomas, no había querido regresar jamás, aunque sus abuelos fueron buenos con ella, era el último lugar del mundo donde quería criar a sus hijas, quería que vieran el mundo tal y como era, no taponado de un ambiente muerto y sofocante, pero ya se acostumbrarían, -las vueltas del mundo no las controla uno- se consolaba pensando mientras seguía al sacerdote por una calle ancha que daba con la plaza y casi al final se encontraba el granero que hacía de iglesia del lugar. Los ricos no iban, “adorar a los de arriba es cosa de pobres”, decían ellos, si supieran.

Las niñas medio dormidas ya por la idea de llegar a un lugar donde descansar, se quedaron calladas hasta llegar, el sacerdote tampoco les insistió en la conversación, cuando las niñas estaban ya instaladas en la iglesia, cerca de una estufa colocada en la parte delantera, les ofreció unos trozos de pan y unos vasos de agua fresca para apaciguar la garganta y que se les destaponaran los oídos, aun así los sentían atiborrados por el viento y su constante aullido. Doña Clara había dejado los bueyes afuera y entró un poco después cuando las niñas ya habían ocupado una esquina de la sala y estaban durmiendo, el sacerdote le hizo la misma oferta que a sus hijas, ella lo rechazó amablemente. Había mucho que hacer, dejó a sus niñas dormir y salió de la iglesia en busca de la casa de Don Isidor, dueño de una pequeña mina de carbón, vivía en el lado pobre de la población, nadie sabía por qué, era un viejo extraño pero fueron amigos con su abuelo y Clara esperaba que se acordara de ella.

Al llegar a un paredón contiguo a la calle principal dobló a la derecha y se encontró de frente con una pequeña cabaña. Dentro se encontraba Don Isidor, se veía cómo preparaba el fuego, vio cómo doña Clara se acercaba y le fue a abrir la puerta.

-¡Clarita! ¿Cómo estás?- El tono fue amable- Tantos años que no te veía por aquí, pensé que nunca volverías –soltó una risa gruesa pero dulce-.

-Bien estoy Don Isidor, ¿y usted? ¿Cómo van las cosas?

-Tú sabes cómo es aquí, como que no quiere la cosa pero ¿qué se le va a hacer?, la mina tira pero no rinde mucho, la he mantenido abierta más que nada por mi Berta, y bueno, los trabajadores también necesitan dinero, supongo que por eso no se han ido, pero mejor pasa adentro está más caliente.

-No, gracias Don Isidor, yo sé que usted tiene cosas que hacer así que iré al grano. Necesito las escrituras del terreno de mis abuelos, usted sabe.

Isidor Buenalia quedó observando la nada por un momento, sin decir nada dio media vuelta y entró en la media agua. Afuera Doña Clara escuchaba el zapateo y el trajín, Don Isidor se demoró más o menos siete o diez minutos, pero Clara los sintió como más, pensó demasiado por los nervios. En eso, mientras divagaba salió el anciano de la casucha, con una carpeta con los papeles.

-Sabes qué niña, te agradezco que hayas venido a buscarlos hoy, tú sabes por la fecha, me pone nostálgico y aunque te soy sincero me cuesta dejarlo ir, creo que es lo que tu abuelo hubiese querido, los extraño a ambos, éramos del mismo quintal de harina, tú sabes, la misma generación, ya nos estamos muriendo, pero bueno, gracias y felices fiestas.

-Felices fiestas Don, y gracias por devolverlos a la familia, este terreno significaba mucho para ellos.

Clara retornó a la iglesia, guardando la carpeta entre sus ropas. Vio a lo lejos en el callejón a un hombre de treinta más o menos, él saludo con amabilidad, ella no hizo gesto y se apresuró. Llegando a la iglesia cansada como estaba, sintió la necesidad de dormir, se sentó en el suelo con sus hijas.

Eran las doce del día y Doña Clara Valencia, había despertado, sus hijas aún dormían y el frío se colaba, vaya a saber uno por dónde. Los curitas mantuvieron el fuego prendido como pudieron y dejaron la instancia para hacer sus quehaceres. Clara quedó contemplando la nada mientras acariciaba de manera automática el pelo de sus hijas. Le dolían los pies, los brazos y aún tenía sueño, se levantó de a poco dejando dormir a las

niñas, buscó al sacerdote mayor, no lo encontró y necesitaba su favor urgente, mientras esperaba se sentó a observar el templo de madera, había una estatua de algún santo abajo del púlpito central, al lado derecho una escalona y la estufa al borde apegada a la pared.

-Clara- Era el sacerdote -¿Cómo le fue? No quise despertarla hace unas horas para no molestarla.

-Gracias padrecito, lo anduve buscando, ando en un apuro y necesito un favor que sólo usted podría cumplirme.

-Dígame, si puedo hacerlo, lo haré- El tono pausado y sereno seguía en la voz del sacerdote.

Salieron al patio trasero de la iglesia, allí habían distintas puertas que parecían dar a las habitaciones y estancias, lugar donde residían los sacerdotes. Un patio interior bastante grande y con una fuentecita de yeso en el centro, en algún momento había corrido agua por ella.

-Ahora no nos escuchará nadie, puede contarme, Doña, ¿qué necesita?

-Necesito que santigüe el terreno de mis abuelos, sepa que si por mí fuese nunca hubiera vuelto, poner en riesgo a mis criaturas sólo lo hago por necesidad y no por descuido, créame que no tengo opción- La voz de Clara se hizo cristalina, bajó un poco la mirada e intentó desviarla por lo lloroso de sus ojos.

-Fíjese Clarita, yo seré sincero con usted, esa tierra se santiguo con agua y con fuego, de la casona de sus abuelos no quedan ni los cimientos y cada centímetro lo purifiqué yo personalmente con agua bendita, la esparcí por todo el terreno, más que eso no puedo hacer, si Dios santificó la tierra esa vez, una segunda pasada no hará que esté más santa, y si Dios no estuvo ahí aquella vez, quemar la tierra de nuevo no hará que aparezca en esta ocasión –El sacerdote tomó una pausa para signarse- Por la señal de la santa cruz, de nuestros enemigos, líbranos Señor, Dios nuestro, amén –Dijeron los dos- Yo con eso no podré ayudarte hija, pero tengo la seguridad de que esa tierra ya es santa.

Clara quedó insatisfecha por la respuesta, aún guardaba recelo de la tierra y los recuerdos de la casona se le mezclaban en la memoria y le dejaban un sabor agridulce en el paladar, se despidió de manera tácita y fue a buscar a sus hijas. ¿Qué importaba si la santificaron? ¿La sangre no había acabado ya con sus abuelos? Ojalá que la vida de sus abuelos, que fueron personas honorables, haya sido suficiente para saciar a la sangre, a ella aún no le llegaban las marcas y parece que nunca le llegarían, estaba en los cuarenta y eso significaba que la sangre perdió su fuerza y podía vivir en paz. El sentimiento de que nuevamente algo andaba mal la transportó a su infancia, los terribles días en los que sus abuelos recibieron sus

marcas, primero su abuelo y luego su amada abuela, sentía que esos horribles males la perseguían y que era su propio interior, sus venas las que reclamaban el precio, eso no le ayudaba, para Clara era importante mantenerse firme, aún quedaban cosas por hacer en el terreno de sus abuelos, ahora suyo. Debía ir por sus hijas.

-¿Así que ya despertaron?- Dijo Clara en tono despectivo.

-Sí mamá- Se incorporó de un salto ya que estaba sentada en la primera banca hablando con un desconocido -Mira te presento a Gonzalo, es hijo de un minero de aquí cerca y nos invita a comer la cena de navidad- Tenía un tono infantil y emocionado.

-¿Gonzalo cuánto?- Inquirió doña Clara, sin dejar de mirar fijamente a su hija.

-Gonzalo Gonzales, Doña. Las invitaba a usted y a sus hijas a la cena de hoy en la noche, será acá, en la iglesia, vendrán todos los que trabajan en las minas- La voz tímida de un joven de no más de veinte se unía a la conversación casi unilateral.

-Está bien Gonzales, ¿eso es todo? ¿O va a seguir hablando tan risueño con mi niña? No te hagai el leso, los vi cuando entré, y tú Alberta, ¿Por qué no me avisaste de que vino alguien?

-No me dijiste que te avisara, aparte la Aurora lo recibió toda coqueta, ¿qué iba a hacer yo?-

-Por último tirarle una piedra a este, qué se cree-

Gonzalo se asustó y retrocedió de un salto hacia atrás.

-Y miedoso más encima, ya ándate pa tu casa mejor será, pa la otra vení a hablar conmigo, ¿entendiste?-

-Sí doña Clara, hasta luego, lo siento no va a volver a pasar, ¡perdón!- Hizo un ademán y se despidió de la señora y las señoritas.

-Oye Gonzales, ¿Para dónde va?- La voz del sacerdote mayor resonó atrás de la matriarca, con una señal lo invitó al patio trasero –Acá están los mesones para que vayamos poniendo todo afuera- El joven pasó por entre medio de las mujeres y se fue a preparar lo de esa noche.

El joven era de estatura media, rechoncho, con el pelo claro y unos ojos negros, de piel blanca, tenía unas pecas que hacían de su rostro un conjunto juguetón y bastante reprensible, parecía ser el niño de los mandados del pueblo aunque ya era bastante mayor como para calificarlo

sólo como un niño.

-Niñas debemos irnos- intentó decirlo naturalmente, pero Clara no es una mujer que sepa contener su humor. Al ver la no reacción de Aurora insistió una vez más y un poco más seca –Vamos niñas dije, toman las cosas y nos vamos, tenemos mucho que hacer-.

Por mientras Alberta se ubicó detrás de su madre, y Aurora, aunque un poco dolida por la interrupción de su conversación con su nuevo amigo se paró y acompañó a su madre cambiando el tema. Salieron del templo en una ceremoniosa hilera, el pueblito estaba un poco más agitado, mujeres haciendo quehaceres, niños y niñas ayudando en lo que suponía sería la fiesta de esa noche y los siguientes dos días, los bueyes yacían amarrados a un poste con unos baldes de agua al frente y unos fardos pequeños ya casi terminados, Clara les colocó el yugo, amarró la carreta y partieron. El camino al terreno fue complicado, se subía primero por unas dunas de arenas, cosa que le costó bastante a los bueyes, luego se seguía por un senderillo hasta quedar frente a frente al muelle, era una planicie casi perfecta frente al mar, pasto y arena se juntaban indefinidamente hasta el cansancio, el viento era frenado por una muralla de árboles que se extendía por todo el borde exterior del terreno, pinos y eucalipto marcaban su pauta, lo que amainaba la batalla contra el constante clima de Las palomas. Era un inmenso sitio, con malas hierbas, espigas secas y muchos retamillos por cúmulos esparcidos hasta llegar a unos cerros gigantescos que formaban una media luna muy cerrada y que conformaban el límite trasero de lo heredado, allá arriba en los cerros de piedra se veían algunas nalcas y chupones, junto con los nidos de las gaviotas, en esa inmensidad las tres mujeres se sintieron impotentes, sobre pasadas por sentimientos de libertad y también de todo lo que había que hacer por asentarse definitivamente allí. Clara Fuenzalida, pensaba en dar forma con sus propias manos a esta tierra, como sus abuelos en algún momento lo hicieron, sus pies cansados eran lo único que la anclaba de saltar al fin por la libertad obtenida luego de días de esfuerzo y viaje sufrido. Aurora buscaba un lugar estable, quería ya construir una casa y tener un jardín hermoso, junto con su madre también poder casarse allí y sus ilusiones colmaban sus ojos. Alberta buscaba entre sus pensamientos, cómo contralar la emoción de ya no estar bajo la sombra de un padre que la atormentaba, buscó también en el frío clima de ese lugar, algo que calmara las ansías de cobrar lo que era suyo, el ardor de un alma rota por un padre maltratador en circunstancias que la vida aún no desenvolvía de su mente totalmente.

-No es mucho, pero acá vivimos con sus bisabuelos- La doña acomodó un poco más a los bueyes –habían más árboles, mi abuelo plantó esos pinos por allá, para venderlos luego y cobrar algo de plata, era una arboleda que llegaba hasta los pies de la casona que estaba al medio del terreno, era grande y si buscan por el pasto seguro encuentran cenizas de cuando se quemó, cosa que les prohíbo tajantemente, nosotros haremos

campamento cerca de los árboles, ahora hay que buscar ramas largas y gruesas de retamillos, haremos fuego y las secaremos un poco, también vamos a descargar todo y como están descansados los dejaremos amarrados.

-Creo que sería bueno avanzar rápido e ir a la cena, mamá-

-Aurora y su nuevo amigo, uy si apuesto que se quiere casar ahora-

-No, y ¿qué te importa a ti?, seguro andai pensando en cuestiones depresivas ya, si siempre dices cosas pesadas de todo-

-Cálmense las dos, ya, si tenemos harto que hacer aquí, vayan y me traen las varas de retamillos mientras hago el fuego, y pobre de ustedes que se pongan a pelear las dos-

-Sí mamá- dijeron al unísono, y partieron en direcciones opuestas.

Sus pensamientos fueron interrumpidos por la llegada de una presencia familiar, elevada del fondo de su pasado, era impensable que aquel estuviera allí, otra vez el alma partida en dos, una visita inesperada, no deseada y que incendiaba su alma.

-¿Me perdona? Vine aquí porque me dijeron que una tal Doña Clara había llegado hoy a Las palomas y se encontraba en los terrenos de los Valenzuela, ¿usted la ha visto?

¡Imposible! Era idéntico, ¿un pariente que nunca había visto del maldito animal que le arruinó la vida?, ¡hasta su asquerosa presencia era la misma, putrefacta y acompañada del hedor del licor! < ¡viene="" por="" mí="" y="" mis="" hijas!=""> Pensó Clara, asustada, ¡el maldito no se dio por vencido cuando dejaron la casa sola y a él abandonado! Levantó la mirada, el hombre que estaba enfrente tenía un rostro mucho más joven, el cabello negro y largo por debajo del lóbulo de la oreja y de ellos colgaba dos aretes azules y largos, la piel tostada, ojos cafés intensos, una voz animada y firme. < ¡vienen="" por="" mí!="">.

-No lo sé-

-Viene de un pueblo llamado Llovizna, así que seguramente no se ubique aquí, queda en el valle central, tiene dos hijas, las dos bastante grandes-

-No he visto a nadie así pasando por aquí- Comenzó a sudar evidentemente, el sol de la tarde se comenzó a esconder, dándole paso a la noche –Y si estuvo aquí ya se fue, seguro con sus hijas o lo que sea como usted dice, seguramente encontró otro lugar, qué se yo. Yo no las vi pasar por aquí y apenas llegué con mis sobrinas al lugar.

-Lástima, ¿no le molestaría si me quedo a comer?- El tono fue sincero, casual –Si no estuviera muerto de hambre no se lo pido señora, disculpe-

-No, no puede, no me queda mucha comida, pero los mineros tendrán una fiesta como a esta hora, si quiere pase para allá.

-Bueno, muchas gracias, ¿está segura que Doña Clara Valenzuela ya se fue o que no la ha visto? Pregunto y perdone la insistencia, pero usted se parece demasiado señora, un poco más vieja pero bueno tal vez me confundí, me he confundido antes.

-No tengo idea, ¡ya te dije ya! Y si yo me pareciera a esa, me habría dado cuenta de que estuvo aquí, ¿no creí?, es más si pasa por acá y me doy cuenta yo podría decirle quién la busca si querí- Quiso negociar y mantenerse firme, las gotas de sudor caían de su frente y molestaban sus ojos.

-Bueno, confío en usted, dígale que la busca su hijo, Javier Espinoza, que si no se acuerda de él, al menos haga fuerza de recordar. Dígale también que tengo veinte recién cumplidos y que quisiera conocer a mi madre.